

La cotidianidad de la muerte

Rio Ruvalcaba



Capítulo 1

La cotidianidad de la muerte

Escuchaba, con especial tonalidad de su oreja izquierda, el burbujear de una hoya grande de color verde manzano, un tanto cercana a su humanidad presente. Cuyos minutos antes la había puesto a calentar. Estaba dispuesto a probar el ponche del 24 pasado, que preparó con desgana, apatía, tradicionalismo, y claro está, con lo que tenía en mano. No sentía ni una prisa para que estuviera listo aquello, ya que, desde hace días, el tiempo parecía haberse detenido con la brusquedad que solo el destino era capaz de provocar; la muerte.

-¿El tiempo?. -Pensó él en voz alta.

- El tiempo no se detuvo. Y el destino es un pretexto en forma de objetivo amorfo que le damos los débiles para poder sujetarnos y tener algo en qué creer

Seguía platicando en voz, alta, como si lo hiciera con otra persona que estuviera en frente de él. Pero esa persona era él mismo. Al menos físicamente el mismo, pero con otra personalidad. Una personalidad totalmente diferente a él, un ideal perfecto. En ausencia de terceras personas, él tenía que desahogarse, y esa era la forma.

-El tiempo no se detuvo. -Volvió a decir.

-Ya que duermo de madrugada y amanezco de tarde. Eso no se llamaría detener.

Sin embargo sentía un hueco en su pecho y en ella una ausencia, pero ausencia y madre de todas las ausencias. Padre progenitor de la carencia existencial y sin sentimientos.

El gorgoteo, ahora mucho más notorio, seguía con más fervor. Como esos últimos días, con la misma mentalidad casi automática, se para, va a la cocina que tenía a unos dos o tres metros y extingue el fuego. Coge un envase de plástico con una mano y con la otra una taza clásica de café blanca con un decorado de rombos azules, amarillos y verdes casi inapreciables, ya que sus líneas eran muy, que por cierto, a él le recordaba el cubismo de Picaso.

Al servirse, va y toma el mismo asiento de los mismos días.

Era las 3 de la tarde de un 25 de diciembre. No tenía hambre, en realidad no tenía nada, al menos significativo. No prendió la tele ni el radio, ni revisó su computadora en busca de entretenimiento, como lo solía hacer

del 20 hacia atrás.

Solo se sentó a escuchar, sin atención, los ruidos del exterior -bulliciosos y casi típicos en aquellos días del año-, hasta que se perdía en sus pensamientos. Hacía una conexión de lo sucedido el día anterior.

Por tradición, había preparado aquel día, una cena navideña. Él era vegano, así que se puso a buscar recetas navideñas donde no haya que proceder a la tortura del animal. Las encontró e hizo tres platos. Unos tamales tradicionales, que se solía comer en el norte, donde él vive.

Un paté de legumbres y zetas(pero caliente) y un guiso de 2 tipos de champiñones, y ejotes. Esto último se sorprendió con una receta taciturna, que los ejotes en España(ya que la receta era de ahí) se les decía judías.

Recuerda que tomó algo de y cogió sus llaves. Se fue a la parada del camión y se subió al primero que vio. Se bajó de él y fue a la tienda. No recuerda el resto. Como era normal en esos días, todo lo hizo incidentalmente, sumergido siempre en sus pensamientos y solo mirando la lista de compras de su celular de vez en cuando para cerciorarse que escogía los ingredientes correctos.

Al instante, se encontraba en , con dos bolsas, una en cada mano. No era mucho, por su puesto, y hubiera sido hasta menos si la comida fuese solo para él. Pero en aquel día no.

Tal vez por el ambiente que recorría su fría en esos días, por los sucesos burlescos que da la rueda samsárica de sus, muy posibles, actos propios, pero él tenía constantes llamadas, recibiendo, de varias y repetitivas maneras, el pésame. Cosa que le parecía normal, pero extraña, ya que no lo había alardeado en sus redes sociales como ocurría con su sociedad moderna, cada vez que moría alguien especial.

-Las redes(se dijo él), son los nuevos terapeutas.

Era evidente que aquello no remplazaba el calor y sentimiento humano. El contacto simbólico o literal entre unos y otros, nunca se podrá remplazar con un " abrazo virtual". No, él era diferente, o al menos se sentía así.

En aquel día, entonces, un amigo lo llamó por teléfono, ofreciéndole toda la ceremonia mortuoria típica social. Salvo que algo fue diferente a las pocas llamadas anteriores.

-Oye, qué piensas hacer mañana?

Pasaron unos segundos en silencio. Incomodo él porque no había pensado

en eso.

-...

Al notar, el amigo, la falta de iniciativa. Comentó

-¿Te gustaría que fuéramos, mi novia ya sabes, Ángela y yo, a pasarla un rato contigo?

Él, en su exterior, solo quería estar solo. No le apetecía para nada la presencia. Que digo, la incómoda presencia que llevaba todo aquello. Ya lo había experimentado un año antes. Minutos de silencios, donde la agonía volaba por todo su hogar y era casi tangible. Pláticas absurdas para olvidar lo inolvidable y violaciones de la intimidad irre recuperables.

Miradas que, en un estado normal, serían imperturbables y sin menor importancia. Ahora, valla que era diferente, se sentía con la destrucción de lo exterior del hombre(que pareciera notable a cientos de kilómetros) que pasa en esas desgracias, serbia aquello, como un imán de orbitas oculares que giran en torno al planeta destruido, así eran las miradas para con esa persona.

Miradas que tenían mente y voz propia, miradas que decían " pobre de él", " ¿cómo lo ayudaremos?". Y cosas similares que él mismo llegó a vivir.

-Me parece bien.

Acertó a decir, después de unos segundo de haberlo pensado. Quería decir que no se preocuparan. Pero tal vez su subconsciente salió al auxilio en aquel momento. Sabiendo que la soledad no es un buen remedio.

-Ok, entonces nos vemos mañana. ¿Va?

- ¿A qué hora?

Acertó en decir un poco más vivo, en forma de un " gracias por ayudarme"

.-¿Qué te parece a las 6?

-Muy bien, hasta entonces. Bye

-Adiós.

Su amigo colgó primero. Y él se quedó un par de minutos a escuchar el tono que deja el teléfono flotando en el oído después de que alguien ya había finalizado la llamada. Por alguna extraña razón que no podía

concebir en aquel momento, aquello lo percibía relajante, aquello entraba hasta su corazón, tal niebla sonora, y lo apretaba para que se tranquilizase. Claro que era solo él y su estado deplorable

Luego, pensó en lo que dijo su amigo, esa última palabra seguía sonando en su cabeza: Adiós. Él era ateo, pero sufría peor que un cristiano en esos momentos.

-A Dios - Lo dijo por separado en forma de susurro.

-A dios. A Dios qué? A Dios no, yo no le ofrezco nada. Ni existe. - Dijo en tono amargo

Él no solía decir "no creo en dios". Pensaba que, al mencionar la palabra "creer" daba por hecho su existencia. Lo asemejaba con un "no creo en el presidente". Para él, decir esto, era no confiar en ese supuesto ser omnipresente, ergo, admitía su existencia. Por eso, él siempre decía que dios no existe. Ni se molestaba en poner la "de" en mayúsculas al escribir "dios".

Se decía para sí mismo: ¿Por qué mostrar respeto a algo que no existe?

Siempre pensaba que los cristianos eran unos estúpidos y recordaba las palabras de Mijail Bukarin "Con el nombre de dios se imaginan poder establecer la fraternidad entre los hombres, y al contrario crean el orgullo, el desprecio, siembran la discordia, el odio, la guerra, fundan la esclavitud" Decía que eran unos hipócritas al crear lasos con la gente totalmente diferentes unos de otros. A unos los amaba por ser de sus sectas, a los otros, ni los volteaba a ver. Ni qué decir al momento de ayudar, su ayuda, su auxilio nunca será honesto, siempre estará la ambición a una meta, la recompensa divina, de tras de cada acción aparentemente buena. Y en ocasiones hasta les tenía lastima, ya que no podían amar de verdad: "siempre amando a dios, un ser que nunca han visto, en vez de amar a su gente que les rodea. Su amor por los demás y pseudo reales sentimientos, era siempre frágil. Tan débil era el sentimiento que, a la menor voz escuchado proveniente de una esquizofrenia divina, serian capaz hasta de matar o sacrificar, como aquel personaje bíblico, Abraham, que por su dios patológico interno, le ordenó sacrificar a su hijo Isaac, hasta que su mismo subconsciente(o su mismo dios bondadoso) hizo que desistiera de su acción barbárica.

Aun así los envidiaba. Los envidiaba siempre en los mismos momentos; la muerte. Ellos la tenían muy fácil. Se refugiaban en el paraíso siempre que la muerte tocaba a sus puertas y, por si no fuera poco, se tomaban una pastilla con efecto placebo casi permanente, llamado Jesucristo.

Esas dos cosas les funcionaban siempre. El cielo, para asegurar su propio apego de años para con sus amados ausentes, para cerciorarse de su

bienestar(aunque en el fondo era su propio bienestar, resultado del hueco dejado en sus vidas) y Jesucristo, para asegurar su estabilidad consiente emocional. No terminar, como él estaba acabando.

-La desventaja de ser ateo

Se decía así mismo, casi en forma de suspiro. No concebía la existencia de un dios. Por sus lecturas filosóficas e históricas miraba a ese supuesto dios como un bastón para andar de los débiles. Sin embargo él no tenía bastón, ni imaginario ni real. Él no tenía nada en ese momento, y la nada existencial de un ateo era peligrosa.

-Cómo puedes ayudar a un ateo a superar la muerte.

Se decía él mismo

-Nunca se volverán a ver-

Repetía una y otra vez, hasta que empezó a sollozar. En ese momento aventó la taza del ponche(ya frío) a la pared. Enojado consigo mismo por no volver a verla.

Pasó ese arranque de impotencia, y se recargó en el sofá a pensar un rato.

Todo aquello duro horas. Al ver el reloj una vez más ya era noche.

-¿Qué? Ya son las 10. Voy a comer algo.

Se paró a calentar un tamal en un sartén, esperó y luego se lo comió sin un café, pero con una nueva taza de ponche. Tenía sueño ya, y le dolía la cabeza. Si tomara algo de eso, ya no podría dormir hasta mucho más tarde y recordó ,que, no podía desvelarse más que los típicos problemas para tratar de conciliar el sueño, resultado de las fotografías y pequeños cortos fílmicos que pasaban por su cabeza, resultado de los momentos que pasaba con ella. No, no podía ya concebir eso. A demás, mañana tendría, al parecer, un día un poco distinto. Recordó la comida-cena de sus amigos; Ángela y Roger.

Viernes 26 de diciembre, 11 am. Miró al techo unos minutos antes de coger y presionar cualquier espacio de su celular. Era tiempo de levantarse. Tenía un insoportable dolor de cabeza, como si hubiera tomado mucho alcohol la noche anterior. Pero no lo había hecho evidentemente. Recordó que en los últimos días se había despertado así, con la misma dolencia.

Baja a la sala y se detiene ante la mirada picara de Violeta y Linda en un cuadro con una foto de ellas. Pensó, por un muy breve instante en

quitarlo. Pero desistió de ese impulso y mejor se puso a planear lo de ese día.

Tenía que ir de nueva cuenta a la tienda y comprar algo que comer. Lo que guardó de la noche anterior era suficiente para él solo durante unos días más, pero no para los invitados.

Su piloto automático deja de funcionar poco a poco, conforme pasaban los días. No sabía si eso era algo bueno o malo. Aquella postura automática de su mente le permitía pensar en muchas cosas, pero cuando volvía para sí, no recordaba gran cosa. Ahora era capaz de hacer todo lo anterior, y lo peor, recordar todo de aquella vagancia de su ser interior y traerla a su presente.

Ya en el camino de regreso, después de ir a la tienda. Tomó el asiento del autobús más lejano de la sociedad, aquellos últimos donde se sentaban los trabajadores adultos siempre apurados y los resentidos con la vida que no querían nunca ceder el asiento, porque ellos mismos sabían, que la sociedad estable, no llegaría tan atrás en el autobús.

Dejaba viajar la imaginación ahora de forma consiente y pensaba lo interesante que sería ver su vida en una novela. Pero intuía que las novelas no deberían ser tan deprimentes. La gente solía leer(o eso pensaba él), para olvidarse de la realidad y entrar a un mundo mejor, o por lo menos, totalmente diferente. No querían toparse con más "realidades" y mucho menos, un realidad más fuerte que la suyas mismas. Por pensaba en que no debería intentar esto, las novelas siempre terminaban con un final feliz o satisfactorio en el peor de los casos. Cosa que él no se imaginaba algo así. No era la cuestión misma de imaginar un final feliz para su novela, no, lo que él pensaba era que, no concebía un final feliz para su vida. Él no imaginaba final feliz alguno.

Con una impaciencia que crecía en su pecho, como aquella sensación similar que quieres hacer eso que te da vueltas a la cabeza, y que, no parará hasta haberlo realizado y aun ante todo lo malo que pudiera ser, quería escribir algo. – Como forma de terapia o desahogo. Se dijo así mismo.

Pero recordaba que lo tenía que hacer después, quedaba prepara la cena y la espera de sus par de amigos. Tenía que desistir a su impulso en ese momento, y solo deseaba en sus adentros, que le diera el ataque de inspiración o intranquilidad por escribir, más adelante. En la noche, tal vez, antes de dormir.

Suena el timbre. Él ya estaba sentado esperando en el sillón a que llegaran, ya tenía todo *recalentado* y tres paninis de *arrachera* que había preparado con ingredientes veganos. Como un hombre esperando una buena o mala noticia del doctor al salir de la sala de operación, así se

sentía. Ambigüedad y ambivalencia de sentimientos, nada concreto. Y eso era peor. Pensaba que uno podía vivir con felicidad o sobrepasar la tristeza, dejarla ir. ¿Pero la ambigüedad?. Aquello causaba un mayor malestar y escape de energía, a tal punto de no sentir nada. O al menos que la nada fuese algo.

Sentado, esperó unos segundos antes de abrir, para fingir una " actividad" que lo demoraría en abrir la puerta.

-Hola amigo, ¿Cómo estás?- Pregunta Roger con una alegría honesta aparente.

-Hola, te vez mejor- Dice Ángela.

-Gracias, gracias. Vamos, pasen. Pueden dejar sus cosas en el sillón.

Decía con una modestia inesperada hasta por él mismo.

-Bueno. ¿Les ofrezco algo de tomar?

-Un vaso de agua, no quiero espantar el hambre.- Dijo Roger con una sonrisa traviesa

-Mira, traje una ensalada con crema y "pollo".- Esto último lo mencionó con un énfasis más alegre y un guiño hacía con él, diciendo que no temiera de ese pollo.

-Pasen, tomen asiento cerca de la mesa. Deja te sirvo el agua, Roger.

Antes de que él desapareciera por el vaso de agua, escucha la voz de Ángela llamándolo.

-Hombre, no he hecho nada en todas las vacaciones. Permíteme servirles, ¿va?. Mientras ustedes platican de sus cosas

Y con una sonrisa ella desaparece.

Ambos se dirigieron, pues, a centrarse.

-¿Cómo sigues?.- Comentó Roger después de que ambos se habían acomodado en sus respectivas sillas.

-Pasándola. ¿Qué más puedo hacer?

Más que una respuesta, él contestó con una esperanza ingenua naciente de su corazón para que su amigo le dijese unas palabras mágicas y desapareciera el vacío de su pecho. Que sintiera algo, que le haga sentir cualquier cosa con sus palabras, tristeza, alegría, enojo, lo que fuera, pero

necesitaba un sentimiento en que desahogar su pena.

Pero se callaba al decir más, se callaba al tratar de abrir su corazón encadenado por la soledad que le embargaba en aquellos días, en aquellos años. Abrir su corazón ante un hombre era mal visto. –Somos machos, entre nosotros no platicamos de sentimientos.- Pensó él.

La mujer es la única que puede escuchar la desnudes del alma de un hombre con sus penas vistas sin pudor alguno. Pero la única mujer que él confiaba a tal punto, había muerto un par de años atrás.

-Mira. Somos protectores de animales. Amamos más, estoy seguro, a esos pequeños familiares que a muchas otras personas. Sé que, puedes y lo imagino de verdad, estar sufriendo por la pérdida de la pequeña Linda.

-...

-No tienes que ocultar nada.- Comentó Roger ante su silencio.

Pero antes de contestar, o tratar de olvidar aquella regla estúpida de los "machos". Ángela aparece con tres platos ya servidos.

Roger suelta una risa sonora.

-Amor, pareces mesera. Deja te ayudo

Las siguientes horas se las pasaron hablando de cosas banales, de sus vidas -aunque con mayor frecuencia de la vida de la pareja, con temor de tocar partes sensibles, heridas de él-, de sus planes, de pequeños recuerdos de Linda, de política. Discutían las ventajas y desventajas de la nueva ley en el país que prohibía los espectáculos con animales exóticos y su posible gato por liebre de los políticos de siempre, de dónde pararían los animales del circo una vez retirados y unas cosas más.

-Esos tratan de ayudar una causa, para que se olviden de cosas más terribles que han pasado en el país y ganarse a unos cuantos de pasada. Una cortina de humo para no encontrar a los campesinos asesinados hace meses.- Comentaba Ángela, que si bien no era vegana, si protegía a los animales. A decir verdad, aquella ley parecía sospechosa.

Aquel momento se había cumplido el objetivo: pasar las horas más amenas.

-Nos vamos. Que mañana es sábado y tengo que ir a trabar.- Comentó Roger

-Muy bien. Pueden regresar cuando quieran.- Comentó él con sinceridad

Se despidieron con la promesa de regresar o de que él fuera.

Solo de nuevo, recordó que tenía algo que hacer. Y en verdad se sentía con "energía" suficiente para escribir algo. Aunque eso de "energía" no sabía si usar esa palabra. En verdad no era energía, sino más bien, similar a una clase de rutas formadas por tierra y piedras de sus sentimientos que se dirigían a un lugar, en este caso a una hoja de papel. Antes sentía la ambivalencia de los sentimientos, como un enorme río desbordado por las intensas lluvias de la desgracia. Ahora se formaban pequeños riachuelos, de piedras, basura, y lodo que dirigía toda esa agua a otro lugar más específico.

Se sienta, pone la hoja delante de él y toma el lápiz, dispuesto a escribir algo, nada. Voltea alrededor de su hogar, tratando de tener una chispa de inspiración. Y es ahí cuando las ve de nuevo. A ellas, a Violeta y a Linda, juntas como una Diosa y su fiel guardiana. Suelta una lagrima furtiva que cae por debajo de sus lentes, rosa su mejilla izquierdo y se pierde en su barbilla.

Luego escribe :

Durante 16 años fuiste mi fiel acompañante.

Fuiste mi única pequeña amiga

Amada chispa,

Luz al final de todos mis días.

No concibo tu ausencia como realidad

Dejaste un hueco imposible de llenar.

Amiga, hermana de otra ida,

Durante 16 años fuiste la primera mascota,

fuiste mi niña, mi adolescente,

y mi viejita consentida.,

No soporto ese dolor que deja tu partida.

Juntos vimos a mucha gente irse, querida por ambos.

*Y solo te ruego que me hables
cuando seas parte de otra vida.
Me alegrarías mi existencia llevadera,
Como esos grandes días.
Viejita, viejita, Viejita, enséñame a vivir sin ti ahora
No seas mala, pequeña,
préstame una hora de alegría antes de morir
Golpes en el pecho, huecos por dentro,
y vacíos existenciales inundan con imágenes
los rincones donde descansabas, donde soñabas,
donde pedías cariño y comida, donde sonaba
tu llegada y tu partida. Puerta que salía tus ladridos roncros
sonoros, que reflejaban tu edad, hermosos.
Visítame sola una vez más.
Hermosa, se la chispita que ilumine mis andares,
se la chispita que me haga amar con sinceridad,
una pisca, solo eso, como la tuya.
Como tú, que con un mirar,
radiabas amor y gracia infinita.
Infinita como tu esencia que nunca muere.
Esencia tan grande y basta que no pudo
con un cuerpecito finito.
Cuerpecito que luchó por 16 años.*

16 años únicos que alimentaron mi Karma

Te deseo lo mejor, hija, amiga,

compañera, confidente, musa, hermana.

Paró en seco. Ya no podía más. Notó que lloraba y el papel se había mojado. Se sentía a gusto. Soltó la hoja y suspiró, y se quedó una vez más en estado automático. Pensó que ese trance ya lo había superado.

Se levanta la cocina por un par de pastillas, le había dolido la cabeza por tanto pensar, soñar despierto, escribir, llorar, por todo y por nada otra vez. Sentía ese hueco. Se las tomó y agarro la bolsa de medicamentos de todo tipo que estaba en la cocina. Ya no quería pararse por si le daba otra dolencia.

Caminaba hacia la sala, que estaba a un par de metros -era una casa muy pequeña-, con inseguridad, aparte del hueco, le faltaba el aire. - ¿Causado por qué?- Se preguntó. -Por todo, ¿qué no ves?.- Se contestó después él mismo. -Te estas matando, amigo.- Esa penúltima palabra le giraba en la cabeza "Matando, matando, matando". Se sienta de nuevo en la silla cerca de la mesa y mira su poema manchado de lágrimas ya muertas y secas en el papel, se podía oler la tristeza, se podía palpar en el aire la desesperación. Ya no tenía nada, se dio cuenta de eso.

Miró el cuadro, casi por instinto. Y, sin darse cuenta, lloraba sin parar. Antes no sabía que sentía, ahora sentía todo, enojo, ira, desesperación, soledad, exactamente los sentía.

-¿Por qué mierda se fueron?.

-¿No me ven como estoy, como sufro?

Le grito al cuadro donde se encontraban ellas dos. Pero, sus sonrisas inmutadas seguían ahí. Casi burlándose de él .

Con exasperación y sin pensarlo, empezó a tomar todas las pastillas de la bolsa. Las primeras con agua, las últimas no le importaba ya.

Después de unos minutos de comer varias cajas de pastillas para varios síntomas, empieza a sentir un mareo insoportable, un querer vomitar si poder hacerlo, una debilidad mortal.

-Casi lo logro.- Alcanzó decir con un hilo de voz.

Se levanta, tal cual ebrio de tristeza y moribundo, "acuchillado" por lo peor de la existencia: la soledad. Va a la cocina para lavarse la cara y salé de nuevo de ahí para sentarse en la silla. Ve el último paquete de

pastillas, sentía que iba a desmayarse.

-Es lo último. Vamos, has eso bien.- Se lo dijo en voz alta con cada gramo de esfuerzo que le quedaba para escucharse él mismo.

Tomó las patillas, eran para dormir. Muy fuertes y recetadas el año pasado por la muerte de su novia. Que había fallecido en un accidente de auto una semana antes de casarse. Las usaba por el efecto de la culpa, una angustia casi continua que no lo dejaba dormir, ya que se habían peleado y ella había salido por ahí con el carro.

Todo esto le pasaba por la memoria, recordando todo lo pasado. Por reacción al dolor creciente y repentino, se las toma de un golpe y después de unos minutos queda todo en silencio y los colores poco a poco se van ausentando y borrando de su alrededor... Todo parece haber terminado...

Pasaron unos minutos, minutos similares a los del camino del bardo. Camino que pasan todos los muertos a su próxima vida. Mutismo sonoro, espacial y sentimental...

Luego un sobresalto, después un golpe. Se escucha el estruendo de una taza golpear y partirse en muchos pedazos por el suelo. Y más lejos el gorgoteo, bullicioso y estrepitoso apunto de desbroce del ponche.

Él se despierta, asustado y con la mirada borrosa y sin enfocar. Se levanta a apagar la llama de la estufa. Regresa y ve el cuadro. Invade en su cuerpo una sensación de alegría confusa.

¿Qué fue lo que pasó?, sentía estar viviendo todo esto, pero no podía ser. No creía que fuera un deja vu, era algo más confuso y único . Un sueño tal vez.

Se sienta de nuevo, ve la hora. Había pasado muy poco, apenas unos minutos. Cae en la cuenta de algo, siente que tiene otra oportunidad.

-Al parecer, (comenta con una sonrisa casi musita) éste si es un final, no feliz, pero esperanzador.